

convirtiéndola, durante algunos días ó durante algunas horas, en inmensa laguna y depositando allí en cada una de estas inundaciones nuevas capas de limo que la engruesan y fertilizan, como un Egipto que no tuviese Nilo.

Ahora llegamos á unas ilimitadas landas donde se esparsa una intermitente lepra, una plantita gruesa de color verde tirando á gris que gusta mucho á los camellos. Así, pues, véñese pastar inmensos rebaños de dromedarios. Cuando pasamos por medio de ellos nos miran con sus grandes relucientes ojos, y parece que se halla uno en los primeros tiempos del mundo, en los días en que el Creador, dudando, arrojaba á manos llenas sobre la tierra, como para juzgar del valor y del efecto de su problemática obra, las informes razas que después ha destruido poco á poco dejando sobrevivir algunos tipos primitivos en ese gran continente descuidado, el Africa, donde ha olvidado en sus llanuras la girafa, el avestruz y el dromedario.

¡Ah! ¡Qué curiosa escena se ofrece á nuestra vista! Una camella que acaba de parir y que se va hacia el campamento seguida de su cría, á la cual arrean con varas dos pequeñuelos árabes, cuyo rostro no llega á los cuartos traseros del camellito. Es grande esta cría sostenida por inmensas patas que llevan á un débil cuerpecillo terminado por un cuello de pájaro y una asombrada cabeza, cuyos ojos miran hace un cuarto de hora estas cosas nuevas: el día, la landa y el animal que siguen. Andan muy bien, sin embargo, con desenvoltura, sin vacilar por aquel terreno desigual, y comienza á olfatear la mamá, pues la naturaleza no ha hecho tan

alto á este animal recién nacido sino para que pueda llegar al escarpado vientre de su madre.

Otros hay que tienen algunos días, otros algunos meses, otros muy grandes, cuyo pelo parece una enramada; algunos son amarillos, otros de un gris blanquecino y otros negruzcos. Hácese tan extraño el paisaje, que yo nunca he visto nada que se le parezca. A derecha é izquierda hay líneas de piedras puestas en fila como soldados, todas con idéntico orden, en la misma dirección, inclinadas hacia Kairouan, invisible todavía. Dijérase que van de marcha, por batallones, esas piedras colocadas una detrás de otra formando filas rectas, separadas por algunos centenares de pasos. Cubren así varios kilómetros. Entre ellas no hay más que arena arcillosa. Esta sublevación es una de las más curiosas del mundo y tiene su leyenda.

Cuando Sidi-Okba, llegó con sus caballeros á este siniestro lugar desierto donde se ve hoy todavía lo que queda de la ciudad santa, acampó en esta soledad. Sorprendidos sus compañeros de verle detenerse en semejante sitio, le aconsejaron que se alejara, pero él respondió:

—Debemos quedarnos aquí hasta fundar una ciudad, porque tal es la voluntad de Dios.

Ellos le objetaron que no había agua para beber, ni madera ni piedras para construir.

Sidi-Okba les impuso silencio con estas palabras: "Dios proveerá".

Al día siguiente fueron á decirle que un lebreo había encontrado agua. Cavaron en aquel sitio y encontraron á dieciséis metros de profundidad el manantial que alimenta al gran pozo terminado por

una cúpula, donde un camello da vueltas durante todo el día al aparato elevador.

Al día siguiente, también algunos árabes enviados á inspeccionar, anunciaron á Sidi-Okba que habían visto selvas en las pendientes de las montañas vecinas.

Y al día siguiente, varios caballeros que habían salido por la mañana, volvieron al galope gritando que acababan de encontrar piedras, un ejército de piedras en marcha, enviadas por Dios sin duda.

Kairouan, á pesar de este milagro, está construída casi por completo de ladrillos.

Pero la llanura se ha convertido en una laguna de amarillo lodo donde los caballos resbalan, hacen esfuezos para avanzar sin lograrlo, se fatigan y caen. Húndense en ese pegajoso receptáculo hasta las rodillas. Las ruedas penetran hasta su mitad. El cielo se ha nublado, la lluvia cae, una lluvia fina que oscurece el horizonte. Tan pronto parece mejor el camino cuando se sube una de las siete ondulaciones llamadas las siete colinas de Kairouan, como se convierte en una espantosa cloaca cuando se baja. De pronto se detiene el coche, una de las ruedas de atrás se ha enclavado en la arena.

Preciso es echar pié á tierra y servirse de las piernas. Hémos aquí, pues, bajo la lluvia, azotados por un viento furioso, levantando á cada paso una enorme masa de arcilla que cubre nuestro calzado, dificultando nuestra marcha hasta el punto de tornarla fatigosa; sumergiéndonos á veces en el lodo, jadeantes, maldiciendo el sud glacial, y realizando hacia la ciudad santa una peregrinación que nos valdrá quizás alguna indulgencia después de este

mundo, si, por acaso, el dios del Profeta es el verdadero.

Sábase que para los creyentes, siete peregrinaciones á Kairouan valen una peregrinación á la Meca.

Después de uno ó dos kilómetros de semejante fatigoso patinar, descubro entre la bruma, á lo lejos delante de mí, una torre pequeña y puntiaguda, apenas visible, apenas más coloreada que la niebla, y cuya cúspide se pierde entre las nubes. Es una aparición vaga y conmovedora que se determina poco á poco, toma una forma más clara y se convierte en un grán minarete de pie en el cielo sin que se vea ninguna otra cosa, nada alrededor, nada debajo: ni la ciudad, ni las murallas, ni las cúpulas de las mezquitas. La lluvia nos azota el rostro, y caminamos lentamente hacia ese faro grisáceo eruido ante nosotros como una torre fantasma que pronto va á borrarse entrando de nuevo en la sábana de bruma de donde acaba de surgir.

Luego, á la derecha, se presenta un monumento cargado de cúpulas: esta mezquita llamada del Barbero, y por último aparece la ciudad, una masa indistinta, indecisa, detrás de la gasa formada por la lluvia; y el minarete parece menor que poco antes, cual si acabara de embutirse en las murallas después de haberse levantado hasta el firmamento para guiarnos hacia la ciudad.

¡Oh, triste ciudad perdida en aquel desierto, en aquella soledad árida y abandonada! En las estrechas y tortuosas calles nos miran pasar los árabes, medio escondidos en los puntos de los vendedores; y, cuando encontramos á una mujer, aquel negro

espectro, entre las paredes amarillentas por el agnecero, seméjase á la muerte que se pasea.

Nos ofrece hospitalidad el gobernador tunecino de Kairouan, Si-Mohammed-el-Marabout, general del Bey, muy noble y piadosísimo musulman que ha realizado ya tres veces la peregrinación á la Meca. Condúcenos con severa galantería hacia las habitaciones destinadas á los extranjeros, donde encontramos amplios divanes y admirables mantas árabes en que envolvernos para dormir. Uno de sus hijos trae en sus propias manos, para mejor honrarnos, todos los objetos que necesitamos.

Esta misma noche cenamos en casa del cónsul francés, donde somos acogidos con tal alegría que nos reanima, consolándonos de nuestra triste llegada.

15 de Diciembre.

Aún no es de día cuando me despierta uno de mis compañeros. Tenemos proyectado tomar un baño morisco muy temprano, antes de visitar la ciudad.

Ya circula la gente por las calles, pues los orientales se levantan antes de salir el sol, y distinguimos por entre las casas un hermoso cielo limpio y pálido, lleno de promesas de calor y de luz.

Recorremos callejuelas y más callejuelas, pasamos los pozos donde el camello, uncido á la noria, da vueltas sin fin para subir agua, y penetramos en una casa sombría, de gruesas paredes, donde no se ve nada en un principio, y cuya atmósfera húmeda y cálida sofoca un poco al entrar.

Hay allí algunos árabes que dormitan sobre esterres; y el propietario del edificio, después de habernos hecho desnudar, nos introduce en unos cuartos, especie de calabozos negros y abovedados, donde el naciente día cae del techo por un vidrio pequeño, y cuyo suelo está cubierto de un agua pegajosa, sobre la cual no se puede andar sin exponerse á cada paso á resbalar y caer.

Terminadas todas las operaciones del masaje, cuando volvemos al aire libre, se apodera de nosotros una embriaguez de alegría, pues el naciente sol ilumina las calles y nos muestra, blanca como todas las ciudades árabes, pero más salvaje, más duramente caracterizada, más señalada por el fanatismo, conmovedora en su visible pobreza, en su miserable y altiva nobleza á Kairouan la Santa.

Los habitantes acaban de pasar por una horrible miseria, y se reconoce perfectamente en todas partes ese aspecto de hambre que parece hallarse esparcida hasta por las casas. Véndense allí, como en los pueblos del centro de Africa, toda clase de cosas insignificantes, en tiendas del tamaño de cajones, donde los vendedores están acurrucados á la turca. Dátiles de Gafsa ó del Souf, aglomerados en grandes frasquetes de una pasta vinosa cuyos vendedores, sentados sobre la propia mercancía, arrancan pedazos con sus dedos. Legumbres, pimientos, pastas, y en los *souks* largos bazares tortuosos y abovedados, telas, alfombras, sedería recamada, bordados de oro y plata, y un gran número de zapateros que hacen babuchas de cuero amarillo. Hasta la ocupación francesa, no habían podido establecerse los judíos en esta impenetrable ciudad; hoy pulu-

lan por ella y la roen. Detentando las alhajas de las mujeres y los títulos de propiedad de algunas casas sobre las cuales han prestado dinero y cuya propiedad pasa en seguida á sus manos por consecuencia del sistema de renovación y multiplicación de la deuda, que practican con una destreza y una rapacidad infatigables.

Nos dirigimos hacia la mezquita de Djama-Kebir, ó de Sidi-Obka, cuyos altos minaretes dominan la ciudad y el desierto que la aísla del mundo. Muéstrasenos de repente en la revuelta de una calle. Es un inmenso y pesado edificio, sostenido por enormes contrafuertes, una masa blanca, imponente, de rara y selvática hermosura. Al penetrar en ella, aparece primeramente un magnífico patio encerrado por un claustro doble sostenido por dos elegantes líneas de columnas romanas. Parece que se halla uno en el interior de un hermoso monasterio de Italia.

La mezquita propiamente dicha está á la derecha, tomando la luz de este patio por dieciséis puertas de dos hojas, que hacemos abrir de par en par antes de entrar.

No conozco en el mundo más que tres edificios religiosos que me hayan producido la emoción inesperada y violenta de este bárbaro y sorprendente monumento: el monte de San Miguel, San Marcos de Venecia y la capilla palatina de Palermo.

Estas son las obras razonadas, estudiadas, admirables, de grandes arquitectos, seguros del efecto de ellas, piadosos sin duda, pero artistas ante todo, inspirados por el amor de las líneas, de las formas y de la belleza decorativa, tanto ó más que por el

amor de Dios. Aquí ocurre otra cosa. Un pueblo fanático, errante, apenas capaz de construir murallas, venido á una tierra cubierta de ruinas dejadas por sus predecesores, recogió lo que le pareció más bello; y á su vez, con esos restos del mismo estilo y del mismo orden, levantó, mudo por una sublime inspiración, una morada á su Dios, una morada construída de pedazos arrancados á las ciudades derrumbadas; pero tan perfecta y magnífica como las más puras concepciones de los más grandes artifices en piedra.

Ante nosotros aparece un templo inmenso, que parece un bosque sagrado, pues ciento ochenta columnas de onyx, de porfirio y de mármol, sostienen la bóveda de diecisiete naves correspondientes á las diecisiete puertas.

La mirada se detiene, se pierde en esta profunda confusión de pequeños pilares redondos de irreprochable elegancia, cuyos matices todos se mezclan y armonizan, y cuyos capiteles bizantinos de la escuela africana y de la escuela oriental, son de un trabajo raro y de una diversidad infinita. Algunos me han parecido de perfecta belleza. El más original, tal vez, representa una palmera inclinada por el viento.

A medida que avanzo por esta mansión divina, todas las columnas parecen salir de sus sitios, girar en torno de mí y forjar variadas figuras de cambiante regularidad.

En nuestras catedrales góticas, el gran efecto se obtiene por la desproporción calculada de la altura respecto de la extensión. Aquí al contrario; la armonía única de este bajo templo procede de la pro-

porción y del número de estos fustes ligeros que sostienen al edificio, le agrandan, lo pueblan, le hacen lo que es y crean su gracia y su grandor. Su coloreada multitud produce en el ojo la impresión de lo ilimitado, mientras que la extensión poco elevada del edificio produce en el alma una sensación de pesadez. Esto es amplio como un mundo, y allí se siente el anonadamiento por la omnipotencia de un Dios.

El Dios que ha inspirado esta soberbia obra de arte, es seguramente el que dictó el Korán, no el de los Evangelios. Su ingeniosa moral se extiende más que se eleva, nos asombra por su propagación más que por su altura de miras.

Por todas partes se hallan notabilísimos detalles. La habitación del sultán, el cual entraba por una puerta reservada, está construida de paredes de madera trabajada como por cinceladores. La cátedra, también de recuadros perfectamente trabajados, produce un gran efecto, y la *mihrab*, que indica La Meca, es un admirable nicho de mármol esculpido, pintado y dorado, con una ornamentación y un estilo exquisitos.

Al lado de esta *mihrab* dos columnas próximas dejan apenas entre ellas espacio para que pase un cuerpo humano. Los árabes que pueden pasar por allí quedan curados del reumatismo, según unos; según otros, obtienen otros favores más ideales.

Enfrente de la puerta central de la mezquita, la novena, á derecha é izquierda, se alza el minarete al otro extremo del patio. Tiene ciento veintinueve escalones que nosotros subimos.

Desde allí arriba, Kairouan, á nuestros pies pa-

rece un tablero de terrazas de yeso, de donde brotan por todas partes las grandes cúpulas deslumbradoras de las mezquitas y de las *koubbas*. En todo alrededor, hasta el horizonte, un desierto amarillo y limitado, mientras que cerca de las murallas aparecen acá y allá las placas verdes de los campos de cactus. Este horizonte está completamente vacío y es muy triste y más desconsolador que el propio Sahara.

Kairouan era, según parece, mucho más grande. Cítanse aún los nombres de los barrios que han desaparecido.

Estos barrios son: Dráa-el-Temmar, colina de los vendedores de dátiles; Dráa-el-Ouiba, colina de los medidores de trigo; Dráa-el-Kerrouia, colina de los vendedores de especias; Dráa-el-Gatrania, colina de los vendedores de algodón; Drebes-Mesmar, barrio de los vendedores de clavos.

Aislada, fuera de la ciudad, distante apenas un kilómetro, la zaouia, ó más bien la mezquita de Sidi-Sahab (el barbero del Profeta), atrae de lejos la mirada. Hacia ella nos dirigimos.

Muy diferente de Djama-Kebir, de donde salimos, nada imponente, es la más graciosa, vistosa y coqueta de las mezquitas, así como la muestra más perfecta que yo he visto del arte decorativo árabe.

Éntrase por una escalera de porcelanas antiguas, de un estilo delicioso, en una salita entarimada. Siguela un largo patio, estrecho, rodeado de un claustro de arcos de hierro que caen sobre columnas romanas y producen, cuando se entra allí en un claro día, el deslumbramiento del sol que se extiende dorado por todas aquellas paredes cubiertas de porce-

lanas de admirables tonos, cuya variedad es infinita. El patio grande y cuadrado, á donde se llega en seguida, está adornado del mismo modo. La luz brilla, centellea y barniza de fuego este inmenso palacio de esmalte, donde se iluminan bajo el resplandor del cielo del Sahara todos los dibujos y todos los coloridos de la cerámica oriental. Por encima se extienden caprichosos arabescos muy delicados. En este patio de hadas es donde se abre la puerta del santuario que contiene la tumba de Sidi-Sahab, compañero y barbero del Profeta, de cuya barba guardó en el pecho, hasta su muerte, tres pelos.

Este santuario, adornado de dibujos ejecutados en mármol blanco y negro, donde se enrollan varias inscripciones, lleno de alfombras y de cortinajes, me ha parecido menos heruoso y menos sorprendente que los dos inolvidables patios por donde á él se llega.

Al salir, atravesamos un tercer patio lleno de jóvenes. Es un especie de seminario musulmán, una escuela de fanáticos.

Todas estas zaouías de que está cubierto el suelo del Islam son, por decirlo así, el germen de las innumerables órdenes y cofradías, entre las cuales se reparten las devociones particulares de los creyentes.

Las principales de Kairouan (no hablo de las mezquitas que pertenecen á Dios solo) son: Zaouía de Si-Moammed-Elonani; zaouía de Sidi-Abd-el-Kader-ed-Djilani, el mayor santo del Islam y el más venerado; zaouía de Tidjani, zaouía de Si-Hadid el-Khrangani; zaouía de Sidi-Mohammed-ben-Afssa de Meknés, que contiene tamboriles, derbou-

kas, sables, puntas de hierro y otros instrumentos indispensables para las ceremonias salvajes de los Afssaoua.

Estas innumerables órdenes y cofradías del Islam, que recuerdan por muchos conceptos á nuestras órdenes católicas, y que colocadas bajo la invocación de un marabut venerado, se unen al Profeta por una cadena de piadosos doctores que los árabes llaman "Selselat," han tomado, desde principios del siglo sobre todo, una extensión considerable, y son el baluarte más temible de la religión mahometana contra la civilización y la dominación europeas.

Bajo este título: *Marabouts y Khonan*, las ha enumerado y analizado el comandante Rinn de una manera tan completa como es posible.

Encuentro en este libro algunos textos curiosísimos sobre las doctrinas y prácticas de estas confederaciones.

Todas ellas afirman haber conservado intacta la obediencia á los cinco mandamientos del Profeta y tener de él el único camino para lograr la unión con Dios, que es el objetivo de todos los esfuerzos religiosos de los musulmanes.

A pesar de esta pretensión de ortodoxia y de pureza de doctrina, todas estas órdenes y cofradías tienen usos, enseñanzas y tendencias muy diferentes.

Unas forman poderosas asociaciones piadosas dirigidas por sabios teólogos de vida austera, hombres verdaderamente superiores, tan instruidos teóricamente como temibles diplomáticos en sus relaciones con nosotros, y que gobiernan con rara habi-

lidad esas escuelas de ciencia sagrada, de alta moral y de combate contra el europeo. Otras forman extrañas reuniones de fanáticos ó de charlatanes, y parecen compañías de payasos religiosos, ora exaltados y convencidos, ora puros saltimbanquis que explotan la necedad y la fe de los hombres.

Como ya he dicho, el único objetivo de los esfuerzos de todo buen musulmán es la unión íntima con Dios.

Varios procedimientos místicos conducen á este estado perfecto, y cada confederación posee su método catequista. En general, este método lleva al sencillo adepto á un estado de embrutecimiento absoluto, que lo convierte en ciego y dócil instrumento puesto en manos del jefe.

Cada orden tiene á su cabeza un *cheik*, maestro de la orden.

“Estarás entre las manos de tu *cheik* como el cadáver entre las manos del que lava los muertos. Obedécele en todo lo que mande, porque es Dios mismo quien manda por su voz. Desobedecerle es atraerse la cólera de Dios. No olvides que tú eres su esclavo y que no debes hacer nada sin su mandato.

“El *cheik* es el hombre querido de Dios; es superior á todas las demás criaturas y está colocado después de los profetas. No veas sino á él por todas partes. Destierra de tu corazón cualquier otro pensamiento que aquel que tenga á Dios ó al *cheik* por objeto propio.”

Bajo este personaje sagrado están los *moquaddem*, vicarios del *cheik* y propagadores de la doctrina.

Los simples iniciados en la orden se llaman los *khouan*, los hermanos.

Cada cofradía, para alcanzar el estado de alucinación en que el hombre se confunde con Dios, tiene pues su oración especial ó más bien su gimnasia de embrutecimiento. Esto se llama el *dirker*.

Consiste casi siempre en una invocación muy corta, ó mejor dicho el enuciado de una palabra ó de una frase que debe ser repetida un número infinito de veces.

Los adeptos pronuncian con movimientos regulares de la cabeza y del cuello, doscientas, quinientas, mil veces seguidas, ya la palabra Dios, ya la fórmula que entra en todas sus oraciones. “No hay Dios sino Alá,” añadiendo algunos versículos cuyo orden es el signo de reconocimiento de la cofradía.

El neófito, en el momento de su iniciación se llama *talamid*, después *mourid*, luego *faquir*, más tarde *soufi* y *salek* sucesivamente, y por último *med jedoub* (el alucinado). En este momento es cuando se declara en él la inspiración ó la locura, separándose el espíritu de la materia y obedeciendo al impulso de una especie de histerismo místico. El hombre desde entonces no pertenece ya á la vida física. A la sazón no existe para él más que la vida espiritual, y no necesita en lo sucesivo observar las prácticas del culto.

Sobre este estado no hay más que el de *touhid*, que es la suprema beatitud, la identificación con Dios.

El éxtasis tiene también sus grados que están muy descritos por Cheik-Snoussi, afiliado á la orden de los *Khelouatya*, visionarios intérpretes de los

ensueños. Se notarán las raras semejanzas que hay entre estos místicos y los místicos cristianos.

He aquí lo que escribe Cheik-Snoussi:

—“...El adepto goza en seguida de la manifestación de otras luces que son para él el más perfecto de los talismanes.

“El número de estas luces es de setenta mil; subdividese en varias series, y compone los siete grados por los cuales se llega al estado perfecto del alma. El primero de estos grados es la humanidad donde se distinguen diez mil luces, perceptibles solamente para los que pueden llegar á ella. El color de estas luces que se confunden unas con otras es obscuro. Para alcanzar el segundo de los grados es preciso que el corazón se halla santificado. Entonces se descubren otras diez mil luces inherentes á este segundo grado que es el del *éxtasis apasionado*; el color de ellas es azul claro. Llegase después al tercer grado que es el *éxtasis del corazón*. En él se ven el infierno y sus atributos, así como otras diez mil luces cuyo color es tan rojo como el producido por una llama purísima.... Este punto es el que permite ver á los genios con todos sus atributos, pues el corazón puede gozar de siete estados espirituales accesibles para ciertos afiliados.

“Elevándose luego á otro grado, se distinguen diez mil nuevas luces, inherentes al estado del alma inmaterial. Estas luces son de un color amarillo muy acentuado, y en ellas se ven las almas de los santos y de los profetas.

“El quinto grado es el del *éxtasis misterioso*, en

el cual se contempla á los ángeles y se ven otras diez mil luces, de un blanco muy brillante.

“El sexto grado es el del *éxtasis de obsesión*. En él se goza de otras diez mil luces, cuyo color es de los más limpios espejos. Llegado á este punto, experimentase un delicioso encanto del alma que ha tomado el nombre de *EL-Khadir*, y que es el principio de la vida espiritual. Entonces solamente se ve á nuestro profeta Mohammed.

“Al cabo se llega á las últimas diez mil luces, ocultas hasta alcanzar este séptimo grado, que es la beatitud. Estas luces son verdes y claras, pero sufren transformaciones sucesivas, pasando por el color de las piedras preciosas para tomar en seguida un tinte claro y adquirir finalmente otro tinte que no guarda semejanza con ninguno, que no existe en parte alguna, pero que se halla extendido por todo el universo.... En este estado se descubren los atributos de Dios.... Parece entonces que no pertenecen á este mundo. Las cosas de la tierra desaparecen.”

¿No hay aquí los siete castillos del cielo de Santa Teresa y los siete colores correspondientes á los siete grados del *éxtasis*? He aquí el modo especial que emplean los Khelouatya para lograr este enloquecimiento:

“Siéntanse con las piernas cruzadas y repiten durante cierto tiempo: *No hay otro Dios que Alá*, llevando la boca alternativamente desde la parte superior del hombro derecho, por delante del cuerpo, hasta la tetilla izquierda. En seguida recitan la invocación, que consiste en articular los nombres de Dios que implican la idea de su grandeza y poder,

no citando más de los diez siguientes, en el mismo orden en que se hallan colocados. Él, Justo, Vivo, Irresistible, Dadivoso por excelencia, Proveedor por excelencia. El que abre á la verdad los corazones de los hombres endurecidos, Unico, Eterno, Inmutable.”

Los adeptos deben recitar cien veces ó más, al final de cada invocación, ciertas oraciones.

Colócanse en círculo para hacer su oración particular. El que la recita, al decir *El*, avanza la cabeza al medio del corro, torciéndola hacia la derecha y echándola a luego atrás por el lado izquierdo, hacia la parte exterior. Uno solo de entre ellos comienza á decir la palabra *El*, después de lo cual, todos los demás la repiten á coro, llevando la cabeza, primero á la derecha y luego á la izquierda.

Comparemos estas prácticas con las de los Cuadrya: “Habiéndose sentado con las piernas cruzadas, tocan la extremidad del pie derecho, luego la arteria principal llamada *El-Kias*, que rodea las entrañas; colocan la mano abierta, con los dedos separados, sobre la rodilla, llevando la cara hacia el hombro derecho, luego hacia el izquierdo y después la bajan. En estos movimientos dicen respectivamente: *ha, hou, hi*. En seguida vuelven á empezar. Es indispensable que quien pronuncia estas palabras se detenga en la primera, tanto tiempo como su aliento se lo permita; luego cuando se ha purificado, debe detenerse igualmente en el nombre de Dios mientras que su alma pueda ser objeto de reprensión; después se pronuncia el nombre *hou* cuando la persona está dispuesta á la obediencia; y finalmente, cuando el alma ha alcanzado el grado

de perfección apetecible puede decir el último nombre, la palabra *hi*.”

Estas oraciones, que deben producir el anonadamiento de la individualidad del hombre, absorbidos por la esencia de Dios (es decir, el estado después del cual se llega á la contemplación de Dios en sus atributos) se denominan *ouerd-deberel*.

Pero entre todas las cofradías de Argel, las de los Aissaoua son seguramente las que atraen más la curiosidad de los extranjeros.

Conócense las espantosas prácticas de esos juglares histéricos, que después de haberse arrastrado hasta el éxtasis, forman una especie de cadena magnética y recitan sus oraciones, en las espinosas hojas de los cactus, clavos, escorpiones, serpientes, etc. A menudo devoran estos locos, en medio de horribles convulsiones, un carnero vivo: lana, piel, carne ensangrentada, no dejando en el suelo más que algunos huesos. Clávanse puntas de hierro en las mejillas ó en el vientre; y después de morir, cuando se les ha hecho la autopsia, se hallan objetos varios dentro del estómago.

Encuétranse en los textos de los Aissaoua las más poéticas oraciones y enseñanzas de todas las cofradías del islamismo.

Citaré solamente algunas frases tomadas del comandante Rinn:

“El profeta dijo un día á Abou-Dirr-el-Rifari: “Abou-Dirr, la risa de los pobres es una adoración; sus juegos son la proclamación de la alabanza de Dios su sueño es la limosna.”

El cheik ha dicho también:

“Rezar y ayunar en la soledad y no tener com-

pasión alguna en el corazón, se llama en la buena vida hipocresía.

“El amor es el grado más completo de la perfección. El que no ama, no ha llegado á nada en la perfección. Hay cuatro clases de amor: el amor por la inteligencia, el amor por el corazón, el amor por el alma y el amor misterioso.”

¿Quién ha definido jamás el amor de una manera más completa, más sutil y más hermosa?

Podrían multiplicarse hasta lo infinito las citas.

Pero al lado de esas órdenes místicas que pertenecen á los grandes ritos ortodoxos musulmanes, hay una secta disidente, la de los Ybaditas ó Beni-Mzab, que ellos han hecho fértil mediante prodigiosos esfuerzos.

Encuétrase con estupefacción en la pequeña república de estos paritanos del Islam, los principios gubernamentales del socialismo al mismo tiempo que la organización de la iglesia presbiteriana en Escocia. Su moral es dura, intolerante, inflexible. Tienen el horror de la efusión de sangre y no la admiten más que en defensa de la fe. La mitad de los actos de la vida, al contacto accidental ó voluntario de la mano de la mujer, de un objeto húmedo, sucio ó prohibido, son faltas graves que reclaman abluciones particulares y prolongadas.

El celibato, que conduce á la depravación, la cólera, los cantos, la música, el juego, el baile, todas las formas del lujo, el tabaco, el café tomado en un establecimiento público, son pecados que pueden acarrear, si en ellos se persevera, una temible excomunió n llamada la *tebris*.

Contra la doctrina de la mayor parte de los con-

gregacionistas musulmanes, que declaran á las prácticas piadosas, á las oraciones y á la exaltación místicas suficientes para salvar al creyente cualesquiera que sean sus actos, los ibaditas no admiten la salvación eterna del hombre más que la pureza de su vida. Llevan al exceso la observancia de las prescripciones del Corán, tratan como heréticos á los derviches y á los fakirs, no creen valedera ante Dios, como soberanamente justo é inflexible, la intervención de los profetas ó santos cuya memoria veneran sin embargo. Niegan los inspirados y los iluminados y no reconocen ni siquiera al imán el derecho de perdonar á sus semejantes, pues sólo Dios puede ser juez de la importancia de las faltas y del valor del arrepentimiento.

Los ibaditas son además cismáticos que pertenecen al más antiguo de los cismas del Islam y descienden de los asesinos de Alí, yerno del Profeta.

Pero las órdenes que cuentan en Túnez más prosélitos parecen ser en primera línea, con los Afsaona, la de los Tidjanya y la de los Qadrya, fundada esta última por Abd-el-Kader-el-Djinani, es hombre más santo del Islam después de Moham-med.

Las zaoufas de estos dos marabuts, que nosotros visitamos después de la del Barbero, están lejos de alcanzar la elegancia y la belleza de los dos monumentos que hemos visto primero.

16 de Diciembre.

La salida de Kairouan hacia Sousse aumenta más la impresión de tristeza de la ciudad santa.

Después de vastos cementerios, inmensos campos de piedras, se ven colinas de basura, amasadas con los desperdicios de la ciudad, acumulados durante siglos; después vuelve á empezar la llanura cenagosa por la cual se camina á menudo sobre conchas de tortugas, luego empieza la landa donde pastan camellos. Detrás de nosotros la ciudad, los torreones, las mezquitas y los minaretes se ven erguidos en medio de aquella triste soledad, como un espejismo del desierto, alejándose y desapareciendo luego poco á poco.

Después de algunas horas de camino hacemos la primera parada junto á una *koubba* en un bosque de olivos. Nos hallamos en Sidi-el-Hanni, y yo no he visto jamás al sol hacer de una cúpula blanca una maravilla de color más admirable. ¿Es blanca la cúpula?

—Sí; ¡de un blanco deslumbrador! Y sin embargo, la luz se descompone por modo tan extraño sobre aquel enorme huevo, que se distingue allí toda una magia de misteriosos matices, que parecen evocados más bien que aparecidos, ilusorios antes que reales, y tan finos, tan delicados, tan confundidos en aquel blanco de nieve que no se muestra en seguida, sino después de deslumbrar y sorprender á la mirada. Entonces sólo á ellos se distingue, tan numerosos, tan diversos, tan potentes y casi invisibles sin embargo. Cuanto más se los mira, más se acentúan. Ondas de oro corren por los contornos, secretamente extinguidas en un baño de color de lila, ligero como un vapor, atravesando espacios azulados. La inmóvil sombra de una rama es acasogrís, quizás verde, tal vez amarilla. No lo sé. Ba-

jo la cornisa, me parece de color de violeta la pared: adivino que el ambiente es del color de la *mlava*, en torno de aquella deslumbrante cúpula que ahora me parece casi sonrosada, sí, casi sonrosada, cuando la fatiga de su relucir mezcla todos sus tonos tan finos y tan claros que enloquecen los ojos. Y la sombra de esta *Koubba* bajo este sol, ¿de qué color es? ¿Quién puede saberlo, expresarlo, pintarlo? Durante cuántos años será preciso fijar nuestros ojos y nuestro pensamiento en esas coloraciones inaprehensibles, tan nuevas para nuestros órganos, acostumbrados á ver la atmósfera de Europa, sus efectos y reflejos, antes de comprender éstos, de distinguirlos y expresarlos hasta producir en los que miren los lienzos, en que ellos queden fijos por un pincel de artista la completa emoción de la verdad?

Entramos ahora en una región menos desnuda, donde brota el olivo, en Moureddin. Junto á un pozo ríe, enseñando sus dientes al veros pasar, una hermosa muchacha, y algo más lejos, adelantamos á un elegante caballero de Soussa, que vuelve á la ciudad, montado en su burro y seguido de su negro que lleva un fusil. Viene, sin duda, de visitar su campo de olivos ó su viña. En el camino, enclavado entre los árboles, ofrece un aspecto encantador. El hombre es joven, está vestido con una chaqueta verde y un chaleco de color de rosa, ocultas en parte ambas prendas por un albornoz de seda, que le cae de los hombros hasta los riñones. Sentado como una mujer sobre su burro que marcha al trote, golpéale el costado con sus dos piernas cubiertas por unas medias muy blancas, mientras que sostiene

ne fijos en sus pies, no se sabe cómo, dos borceguies barnizados que no se adhieren á sus talones.

Y el negrito, vestido de encarnado, corre llevando el fusil al hombro con un gentileza salvaje, detrás del asno de su amo.

Aquí está Soussa.

¡Pero yo he visto á esta ciudad! Sí, sí, yo he tenido esta visión luminosa, yo la he tenido en otro tiempo, en mi niñez en el colegio, cuando aprendía las cruzadas en la *Historia de Francia* de Burette. ¡Oh, la conozco hace mucho tiempo! Está llena de sarracenos, detrás de esa larga muralla almenada, tan alta, tan gentil, con sus torres de trecho en trecho, sus puertas redondas, y los hombres de turbante que rodean á sus pies. ¡Oh! esta muralla es la misma que estaba dibujada en aquel libro con estampas. Tan regular y limpia se ofrece, que parece ser de cartón recortado. ¡Cuán linda, blanca y admirable es! Aunque sólo fuera por ver á Soussa, debería hacerse este largo viaje. Hay que seguir á pie hasta el mar, á lo largo de la muralla, porque no pueden entrar coches en las estrechas y caprichosas calles de esta antigua ciudad. La muralla sigue hasta la orilla, idéntica y almenada, armada de sus torres cuadradas; luego describe una curva, continúa por la misma orilla, da otra vez vuelta, sube y sigue su ronda, sin modificar una vez ni siquiera durante algunos metros, su elegante aspecto de fortificación sarracena. Y sin terminar, empieza otra vez al modo de un rosario, en que cada cuenta es una almena y cada decena una torre, encerrando en su derlumbrante círculo, como en una corona de papel blanco, la ciudad aprisionada en su

circuito, la cual tiene sus casas de yeso, escalanadas entre la muralla inferior, bañada por el agua y la muralla superior, que se dibuja en el fondo del cielo.

Después de haber recorrido la ciudad, trabazón de admirables callejuelas, como aún nos queda una hora de día, vamos á visitar, á diez minutos de las puertas, las excavaciones que hacen los oficiales en la necrópolis de Hadrumeto. Se han descubierto allí muchas cuevas que contenían hasta veinte sepulcros y conservaban huellas de pinturas murales. Estas excavaciones son debidas á los oficiales, los cuales son en este país arqueólogos apasionados que prestarían á esta ciencia grandísimos servicios, si la administración de las bellas artes no contuviese su celo con medidas ventajosas.

En 1860 descubrieron en esta misma necrópolis un curiosísimo mosaico que representaba el laberinto de Creta, con el Minotaurro en el centro, y cerca de la entrada una barca, llevando á Teseo, á Ariana y á su hijo. El bey quiso llevar á su museo esta notable obra, que quedó totalmente destruída en el camino. Han tenido la bondad de ofrecerme una fotografía, sacada de un croquis de M. Larmande, dibujante de puentes y caminos. No existen más que cuatro fotografías hechas recientemente. No creo que aún se halla reproducido ninguna.

Volvemos á Soussa á la caída del sol, para comer en casa del interventor civil de Francia, uno de los hombres mejor informados sobre las costumbres de este país, y á quienes con más gusto se puede oír hablar de las mismas.

Desde su habitación se domina la ciudad entera,

esa cascada de tejados cuadrados cubiertos de cal, por donde corren gatos negros y donde se alza en ocasiones el fantasma de un ser envuelto en telas blancas ó de colores. De trecho en trecho, una elevada palmera asoma la cabeza por entre las casas y ostenta su verde ramaje por encima de la unida blancura de ellas.

Después, cuando apareció la luna, tornóse el panorama —una espuma de plata rodando hacia el mar— la realización de un prodigioso ensueño de poeta, la aparición de una ciudad fantástica, desde donde subía un misterioso resplandor al cielo.

Luego, anduvimos errantes por las calles durante largo rato. El aspecto de un café morisco nos tienta á entrar. Entramos. Está lleno de hombres sentados, ora en el suelo, ora sobre tablas adornadas con esteras al rededor de un cuentista árabe. Este es un hombre viejo, grueso, de maliciosa mirada, que habla con una mímica tan ridícula, que ella sola bastaría par divertirse. Está contando una farsa, la historia de un impostor que quiso pasar por marabat, pero que fué denunciado por el imán. Sus sencillos oyentes están embelesados y siguen el relato con ardiente atención, sólo interrumpida por algunas carcajadas.

Después vo'vimos á empren ler la marcha no pudiendo decidirnos á dormir en esta deslumbradora noche.

En una estrecha calle me paró ante un hermoso edificio oriental, cuya puerta está abierta y deja ver una amplia escalera, adornada con porcelanas y alumbrada de arriba abajo por una luz invisible, por una ceniza, por un polvo de claridad caída no se sa-

be de dónde. Bajo este inefable resplandor, esperan á alguien los esmaltados peldaños, tal vez á un musulmán viejo y panzudo; pero yo creo que á un pie de enamorado. Nunca he adivinado, visto, comprendido, sentido mejor la espera, que ante esta puerta abierta y ante esta escalera desierta, donde vela una lámpara que no se ve. Al exterior, en la pared alumbrada por la luna, está suspendido uno de esos grandes balcones cerrados á que los moros dan el nombre de *barmakli*. Hay dos sombrías aberturas en medio, detrás de los ricos herrajes. ¿Es allí dentro donde vela, donde escucha y nos detesta la Julieta árabe, cuyo corazón se estremece? Tal vez sí. Pero su deseo sensual no es del que, en nuestros países, subirían hasta las estrellas en noches semejantes. En esta tierra debilitante y tibia, tan enloquecedora como la leyenda de los Lotofagos, nacida en la isla de Djerba, es más sabroso el aire que en parte alguna, más cálido el sol, más claro el día, pero el corazón no sabe amar. Las mujeres hermosas y ardientes, ignoran nuestras ternuras. Su alma sencilla permanece extraña á las emociones sentimentales, y sus besos, según dicen, no engendran la ilusión.

